

## La izquierda europea y americana desde 1945

Andrei S. Markovits

Andrei S. Markovits es profesor de Política Comparada y Estudios Alemanes en la Universidad de Michigan, Ann Arbor. Recientemente ha publicado *Amerika dich hasst sich's besser: Antiamerikanismus und Antisemitismus in Europa* (Hamburgo, Konkret Verlag, 2004), que aparecerá en versión inglesa en Princeton University Press. El presente artículo, cuyo origen es una ponencia presentada ante la asamblea anual de la American Political Science Association en 2004, ha sido publicado en *dis-sent* (invierno, 2005).

Desde la caída del muro de Berlín la izquierda europea y la mucho más débil izquierda americana se han visto sumidas en una crisis que ha puesto en jaque su propia identidad. En realidad, esta profunda crisis es anterior a los acontecimientos de 1989. Estaba en pleno desarrollo, en buena parte debido a la ineptitud y la bancarrota moral de al menos una parte de esa izquierda, en la época en que cayó el muro. Sin embargo, con los acontecimientos de 1989 y 1990 concluyó un período que se había iniciado entre los años finales de la década de 1860 y los primeros de la de 1870 y que alcanzó relieve político en la década de 1880. Se ha asistido al colapso de una manifestación política y una formación social que habían definido la idea misma del progresismo en las sociedades industriales avanzadas durante todo un siglo. Para algunos el radicalismo de este periodo, el potencial revolucionario de transformación del capitalismo, se había acabado con la tragedia de 1914. Al fin y al cabo, fue entonces cuando la izquierda se percató de que su internacionalismo y lo que entendía como solidaridad universal de clase habían cedido la primacía al sentimiento, mucho más poderoso, del nacionalismo particularista. La inocencia de la izquierda se perdió, con bastante seguridad, en la primera caída de 1914. Otros fijarían la crisis en el final de la Primera Guerra Mundial, con los acontecimientos de 1918, que apuntaban ya al advenimiento del estalinismo en la Unión Soviética y del nacional-socialismo en Alemania.

Pero otros, todavía, sitúan la muerte de una alternativa progresista en la batalla intestina entre socialdemócratas y comunistas, que contribuyó al triunfo del fascismo, particularmente en Alemania, aunque no tuviese la responsabilidad exclusiva. El pacto Hitler-Stalin, la invasión soviética de Hungría en 1956, la reedición de ésta doce años después en Checoslovaquia, la disputa chino-soviética, la guerra entre China y Vietnam, el fiasco de Camboya con todas sus implicaciones... hay abundancia de experiencias que han incidido sobremanera en el proyecto progresista en Europa. Sin embargo, ninguno de estos acontecimientos políticos inició la transformación fundamental que se consumaría en 1989. En realidad, lo que ha cambiado la identidad misma de la izquierda en los últimos veinticinco años ha sido una conjunción de alteraciones sociales, económicas, generacionales y culturales. Al menos por ahora defenderé la primacía de la economía y la sociedad sobre la política.

Desde mi punto de vista, hay cuatro periodos de la historia de la izquierda en la época posterior a la Segunda Guerra Mundial que han afectado a su posición actual. Los avatares americanos sólo se mencionan cuando han tenido un papel esencial en la configuración de la izquierda en las sociedades industriales avanzadas. Aunque es evidente que «la izquierda», tal como se la entiende por lo común, fue un fenómeno predominantemente europeo desde las décadas finales del siglo XIX y a lo largo de todo el siglo XX, Estados Unidos contribuyó significativamente a esta formación política precisamente en el periodo de posguerra.

*El periodo ortodoxo: 1945-1968* Llamo periodo ortodoxo a la primera fase porque representó, en términos generales, una continuación de la topografía ideológica y política de la izquierda desde la revolución bolchevique. Si bien 1945 constituyó un giro decisivo en la conformación de la política global, no alteró la identidad esencial y la topografía de la izquierda. Sí, el comunismo parecía en ascenso frente a la socialdemocracia a cuenta de la afirmación de la Unión Soviética como gran potencia. El comunismo era un aspirante muy serio al poder gubernamental en Italia, Francia, Grecia y Checoslovaquia antes de que fuese derrotado por una oposición patrocinada por América en los tres primeros casos y por los tanques soviéticos –en dos ocasiones– en el último.

Pero el paisaje político de Europa occidental tal como lo dibujaron Seymour Lipset y Stein Rokkan seguía en pie. La identidad de «la izquierda» estaba definida por dos marcadores que quedaron «congelados» ya en la década de 1920. El primero era la línea externa que la separaba del resto del mundo político, singularmente de liberales, conservadores, fascistas, clericales y representantes de «divisorias» que no fuesen exclusivamente la divisoria «propietarios/obreros» que definía la esencia de la izquierda en su conjunto ①. El segundo era la línea interna que separaba a socialdemócratas y comunistas. La relación previa entre unos y otros fue retomada en general en el periodo de posguerra. Allí donde la socialdemocracia había sido el partido más fuerte de los dos antes de la guerra, resurgió como tal después de ella. Y a la inversa. El carácter de la política de izquierda, la cultura de socialistas y comunistas, apenas cambió por la guerra. Los entornos sociales de predominio obrero de finales del siglo XIX y principios del siglo XX siguieron siendo, en gran medida, lo que habían sido. Asociaciones, colores, emblemas, cánticos, preferencias y actividades de tiempo libre que se habían institucionalizado en las décadas anteriores a la Segunda Guerra Mundial –en muchos casos incluso antes de la Primera– continuaron igual en un mundo completamente diferente.

Más allá de las razones reales del predominio de un campo izquierdista sobre otro, lo cierto es que en Europa hubo una evidente división Norte-Sur durante este periodo de ortodoxia. Los países al norte de los Alpes (siendo Finlandia y Noruega las excepciones útiles que confirman la regla) mostraron identidad socialdemócrata, mientras que los del sur se embarcaron en una senda comunista. Estas expresiones colectivas de la identidad de clase obrera permanecieron en gran medida intactas entre 1918 y 1968. Una de las manifestaciones más características de la ortodoxia en toda Europa fue el predominio del partido sobre los sindicatos. Tanto en la versión comunista como en la socialdemócrata, el partido tenía a su cargo la «gran» política (es decir, todas las materias relacionadas con el estado, la sociedad, la economía o la cultura), mientras que el ámbito de acción de los sindicatos era casi exclusivamente la «pequeña» política, las relaciones industriales como quiera que se definan. Está, por supuesto, la excepción del Partido Laborista británico, cuya identidad y orientación política estaba mucho más determinada por los sindicatos, que eran elementos constitutivos del mismo, que en el caso de los tres gigantes socialdemócratas del continente, Suecia, Austria y Alemania. Sin duda los grandes sindicatos eran actores importantes en las socialdemocracias de estos países, pero ocupaban un lugar secundario con respecto a «sus» partidos en la política.

La primacía del partido sobre los sindicatos era, desde luego, mucho más pronunciada en el modelo comunista que en el socialdemócrata. Al fin y al cabo, el leninismo diseñó la pauta de la «correa de transmisión» para las relaciones entre partido y sindicato precisa-

① Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan, «Cleavage Structures, Party Systems and Vote Alignments: An Introduction», en S. M. Lipset y Stein Rokkan, eds., *Party Systems and Voter Alignments: Cross-National Perspectives*, Nueva York, The Free Press, 1967, págs. 1-64

mente con el fin de eliminar a los sindicatos como actores autónomos, previniendo así que las tendencias sindicalistas pudieran convertirse en opciones viables de la política de izquierda en las sociedades industriales avanzadas (aunque sí que lo fueron en entornos semi-agrarios como España, Italia y la Francia meridional). Pero también en la variante socialdemócrata, donde no existía un concepto como el de correa de transmisión, el partido era hegemónico: diseñaba la estrategia, protagonizaba los debates teóricos y prevalecía en la definición de la política económica. En suma, dirigía, y los sindicatos le seguían.

Por supuesto, había diferencias inmensas entre socialdemócratas y comunistas en este periodo ortodoxo. Los primeros habían llegado a un acomodo con el capitalismo, aun cuando no lo hubiesen aceptado aún del todo; los segundos seguían considerando su razón de ser la oposición frontal al sistema social dominante. Como consecuencia, socialdemócratas y comunistas estuvieron en lados opuestos en la guerra Fría, por entonces en su apogeo. Todos los comunistas -sin excepción- rechazaban la Organización del Tratado del Atlántico Norte, se oponían a Estados Unidos y favorecían de alguna manera a la Unión Soviética, mientras que la mayoría de los socialdemócratas eran hostiles a la Unión Soviética, aunque al principio también fuesen reticentes en su apoyo a Occidente, la OTAN y Estados Unidos. Esta cuestión originó una ruptura abierta en la socialdemocracia italiana (entre el Partido Socialista [PSI] y el Partido Social Democrático [PSDI]) y se produjeron fisuras similares, aunque sin llegar a la ruptura abierta, también en las socialdemocracias alemana, británica, danesa y noruega. Pero a mediados de la década de 1950 los «pro-occidentales» habían ganado la partida. En los siguientes treinta años la socialdemocracia fue inequívocamente pro-occidental. John Maynard Keynes triunfó sobre Karl Marx y el programa de Bad Godesberg se impuso en toda Europa occidental, mucho más allá de los límites estrictos del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD).

Con todo, las enormes semejanzas entre el comunismo y la socialdemocracia eran más características del periodo ortodoxo que las diferencias obvias. Tales semejanzas los convertían en exponentes indiscutidos de una formación política claramente perfilada conocida, por sí misma y por el resto del mundo, como «la izquierda». He aquí algunos de esos rasgos compartidos: sociológicamente, ambos tenían arraigo en la clase obrera industrial, masculina y básicamente cualificada; ideológicamente, ambos eran partidarios ardientes del crecimiento a toda costa; políticamente, creían en operaciones colectivas que contendrían la fragmentación inherente del mercado y del individualismo liberal; estratégicamente, confiaban en «mega» soluciones: «mega» estado, «mega» burocracias, «mega» tecnologías, «mega» progreso. Era una época en la que la izquierda, tanto socialdemócrata como comunista, depositaba sus esperanzas en la energía «limpia» que era la energía nuclear. Los cambios que se producirían a finales de los años sesenta fueron sin duda revolucionarios, aunque —en contraste con los dos periodos posteriores— aún seguían los vectores esenciales de lo que se creía que era «la izquierda».

*El periodo heterodoxo: 1968-1979*      Decir que prácticamente todos los principios definidores de la izquierda durante el periodo «ortodoxo» fueron en gran medida impugnados, si no sustituidos, por los acontecimientos que tuvieron lugar en los legendarios años sesenta, no sería ninguna exageración. No es casualidad, así, que en Alemania, Francia, Italia y Estados Unidos los «del 68» (*achtund-sechziger, soixantehuitards*) hayan alcanzado una aureola casi mítica y generado considerable nostalgia en las historias de la política de la izquierda de esos países durante la posguerra.

Fuesen los sucesos de Berkeley, Columbia o la Convención Demócrata de Chicago, en Estados Unidos; «los acontecimientos» de París; el Otoño Caliente en Italia; o la política de confrontación protagonizada por la Oposición Extraparlamentaria (APO) y la Federación de Estudiantes Socialistas (SDS) en la República Federal Alemana, lo cierto es que aquello significó un desafío abierto para las izquierdas existentes en cada una de esas sociedades.

Por primera vez en la historia de la izquierda, el impulso esencial para esta evolución no vino primariamente de Europa sino de Estados Unidos. En concreto, los cambios tuvieron estrecha relación con dos grandes batallas que polarizaban la política americana de la época: el movimiento por los derechos civiles, en el interior, y la Guerra de Vietnam en el frente exterior. Ambos llegaron a convertirse en iconos absolutos para todas las izquierdas del mundo. Esta transformación profunda del discurso de la izquierda, apoyada y protagonizada sobre todo por estudiantes y no por el sujeto tradicional de la izquierda (la clase obrera industrial), estaba estrechamente relacionada con el clima cultural de Estados Unidos, que el resto del mundo y particularmente los estudiantes europeos y la juventud en general acogieron con entusiasmo. No se puede entender el ascenso de la Nueva Izquierda en París, Berlín, Milán y Londres sin hacerse cargo de la influencia enorme de la música rock y folk americana, de la canción y la poesía de protesta, y de la táctica del «sit in» (sentada) propia del movimiento de derechos civiles. Posters de Bob Dylan, Jimi Hendrix, Joan Baez, Pete Seeger, Jerry Garcia, Martin Luther King, Malcolm X o Allen Ginsberg adornaban las casas de miles de estudiantes de la Nueva Izquierda en Europa junto a otros iconos tales como Che Guevara y, por supuesto, Ho Chi Min. A ambos lados del Atlántico esta generación se formó tanto en los primeros y, según parecía, democráticos y rompedores festivales de rock celebrados en los fangosos campos cerca de Woodstock, en Nueva York, como de la mano de uno de los intelectuales europeos exiliados más relevantes, alguien que, a diferencia de otros de su círculo inmediato, permaneció orgullosamente en América a la vez que se convertía en uno de los críticos más agudos de este país. Me estoy refiriendo a Herbert Marcuse, de quien se ha dicho con mucha razón que fue el pensador más influyente de la Nueva Izquierda. Las profundas raíces americanas de la Nueva Izquierda europea, tanto en las formas como en el contenido, están fuera de discusión.

En llamativo contraste con el periodo posterior, que comportaría un cambio de paradigma, el desafío de la Nueva Izquierda se desarrolló dentro del paradigma marxista, aunque no por ello dejó de constituir una amenaza muy seria para la política socialista establecida. Si la época subsiguiente iba a trascender el socialismo y a desarrollar algo así como una política post-socialista, las gentes de la Nueva Izquierda del periodo que he llamado «heterodoxo» querían un socialismo «auténtico», libre de lo que consideraban perversiones relacionadas: la socialdemocracia en el Oeste y el leninismo/estalinismo en el Este (aunque algunos estuviesen seducidos por el leninismo en su versión maoísta).

La autoridad de la que gozaban los partidos de la izquierda establecida durante el periodo ortodoxo se erosionó en esta década de heterodoxia. En el plano intelectual, la Nueva Izquierda proponía una crítica radical de la política de los partidos hegemónicos. En el plano institucional, surgieron formaciones pequeñas, pero intelectualmente influyentes, a la izquierda de los partidos comunistas y socialdemócratas tradicionales (tanto en lo relativo a los programas como a las estrategias). Eran numéricamente reducidas, pero esas formaciones representaban el legado de «los del 68» en el «espacio partidario» de la izquierda y un desafío permanente a la izquierda ortodoxa. Tal vez el Parti Socialiste Unifié, de Francia, constituya el mejor ejemplo en este sentido: contaba con escasos votos, afiliados y cargos públicos, pero su influencia intelectual era muy importante.

Por otra parte, cambió sustancialmente la relación entre partidos y sindicatos. Vale la pena señalar algunos puntos en este contexto:

1. Se produjo en toda Europa una clara politización de los sindicatos. Ampliaron sus horizontes del mundo limitado de las relaciones industriales y de los problemas de fábrica hasta incluir los temas de la «gran política», terreno hasta entonces reservado al partido «hermano» (o «padre»). Los sindicatos se catapultaron a una posición de práctica igualdad con «sus» partidos. De un lado negociaron diversos acuerdos macropolíticos con los empresarios y los gobiernos, lo que les confería un papel activo en la gestión económica. Aunque a menudo defensivos (y por ende desmovilizadores), estos acuerdos neocorporatistas eran indicativos de la nueva fuerza de los sindicatos. Pero no se limitaron a este activismo «por arriba», sino que también fomentaron el activismo «desde abajo». Espoleados en buena medida por unas bases inquietas deseosas de capitalizar su estupenda posición en un mercado laboral bloqueado, los sindicatos negociaron los más impresionantes logros «cuantitativos» y «cualitativos» conseguidos jamás por los trabajadores a lo largo del periodo de más de cincuenta años de la posguerra. Aunque estos dos activismos chocaban entre sí, emanaban del mismo optimismo, poder y confianza en sí mismos característicos del nuevo perfil de los sindicatos dentro de la izquierda europea en esta fase.

2. Por supuesto la nueva situación condujo a que los sindicatos se distanciasen de sus partidos más cercanos. Este proceso fue especialmente marcado en Italia, país en el que las tres confederaciones sindicales (aliadas con partidos diferentes) descubrieron que tenían muchas cosas en común, casi tantas como las que las separaban. También se produjeron maniobras análogas, aunque no tan efectivas, de distanciamiento sindical en Alemania, Gran Bretaña, Suecia y Austria. Sólo en Francia permaneció en gran medida intacto el antiguo modelo de correa de transmisión entre el Partido Comunista (PCF) y la federación sindical dominada por él (la CGT), pero también aquí, sin embargo, la independencia sindical figuró en lugar prominente en el discurso de la izquierda, especialmente porque el antiguo sindicato católico, que adoptó las nuevas siglas CFDT, abandonó su antiguo clericalismo para convertirse en uno de los adalides más expresivos de la Nueva Izquierda.

3. Un aspecto central de este activismo fue el nuevo papel de elementos antes marginales en el movimiento obrero. Si bien el núcleo del trabajo —es decir, obreros industriales, especializados, varones— participó también en la movilización general, a menudo los menos cualificados, mujeres y extranjeros ocuparon posiciones de vanguardia política en la base del movimiento y en las fábricas. Al sumarse a este grupo la presencia sustancial de los trabajadores «intelectuales» del sector terciario, la nueva clase obrera pasó a ser una realidad políticamente significativa.

4. También se registró una considerable «intelectualización» del movimiento obrero. A través de la influencia de un buen número de investigadores académicos, muchos de ellos veteranos «del 68», los sindicatos desarrollaron una aproximación teórica más sofisticada a problemas que hasta entonces quedaban, en buena parte, fuera de su campo de visión. Los líderes sindicales habían mantenido siempre una relación ambivalente con los intelectuales de izquierdas, pero ahora la «marcha a través de las instituciones» que proponían los activistas de la Nueva Izquierda cambió de manera notable la mentalidad del movimiento obrero organizado.

Sin embargo, algo totalmente nuevo sucedió también en esa época: la progresión de la política de izquierdas fuera de cualesquiera instituciones, partidos o sindicatos preexis-

tentes. Fue en este medio donde se forjó el nuevo significado del «izquierdismo» en Europa y Estados Unidos. En esta coyuntura excepcional –el decenio entre 1968 y 1978- se desarrollaron tendencias cuya influencia persiste hasta hoy mismo, en Alemania especialmente pero también en Europa en general. En mi artículo «The Minister and the Terrorist» (*Foreign Affairs*, noviembre-diciembre 2001) me he referido a los cuatro grupos que surgieron en el seno de la Nueva Izquierda en esta fase crucial.

El primer grupo es el de los «pro-occidentales». El actual ministro de Asuntos Exteriores alemán, Joschka Fischer, es la figura más representativa. Este grupo, en su tiempo vehementemente contrario a la guerra de Vietnam, partidario absoluto de los movimientos de liberación del Tercer Mundo y totalmente opuesto al capitalismo occidental, incluido el de Alemania occidental, empezó en un momento dado a reordenar la jerarquía de sus preferencias negativas. Fundamental en esta reordenación fue que la tiranía, y no el capitalismo, pasó al primer puesto de la lista. Dicho en términos positivos, en el primer puesto no figuraba ahora la emancipación de la clase obrera y ni siquiera la liberación de los pueblos del Tercer Mundo del imperialismo, sino más bien la democracia, la legalidad, el constitucionalismo y los derechos humanos. Por razones que probablemente tienen más que ver con la psicología y las historias personales de este grupo de individuos destacados que con factores macrosociales tales como el origen de clase, la educación, la religión, el origen geográfico y el género, los pro-occidentales distinguían muy bien entre la cultura americana (que apreciaban mucho, como se desprende de la conocida afirmación de Fischer de que Bob Dylan tuvo más influencia en su vida que Karl Marx) y la política americana en el mundo (que no les gustaba). Sobre todo, no desarrollaron un odio visceral a todo lo americano. Y empezaron también a ver en el Holocausto un acontecimiento *sui generis* y no meramente un epifenómeno de lo que el resto de la izquierda alemana seguía –y sigue- llamando «fascismo», más que nacional-socialismo. En consecuencia, los pro-occidentales cometieron una gran blasfemia a los ojos del resto de la izquierda. A su modo de ver, Estados Unidos y la República Federal Alemana podían, y así había sido de hecho, producir cosas buenas, como el establecimiento de un orden democrático estable en Alemania y Europa; y la democracia liberal, aunque capitalista, era preferible a la tiranía, incluida la de las democracias populares. Occidente podía ser a sus ojos también una fuerza de liberación y emancipación, no sólo de represión y explotación. Además, diversos miembros de este grupo defendían el valor del universalismo, que ya en ese momento era un blanco fácil de los diversos particularismos relativizadores con los que se identificarían otros sectores de la izquierda, a los que me referiré a continuación.

El segundo grupo es el de los que llamo «tercermundistas». Consideraban el imperialismo como la cuestión política más importante y rechazaban todo lo tuviera que ver con el mundo desarrollado, incluyendo los valores occidentales y la modernización industrial. Los tercermundistas constituirían el caldo de cultivo del ala «fundamentalista» del Partido de los Verdes alemanes, que había de librar una dura batalla contra lo que creía eran las renuncias de Fischer y sus «realistas». En los años setenta los tercermundistas pensaban que la República Federal Alemana era casi tan nefasta como Estados Unidos. Detestaban sus instituciones parlamentarias, desdeñaban su economía de mercado, aborrecían su papel como fuerza motriz de una modernización que inevitablemente destruía el medio ambiente, y temían cualquier manifestación de nacionalismo, que consideraban un anuncio de la siempre amenazadora «fascistización» de la política y la sociedad alemanas. Eran vehemente-

mente antisionistas (aunque no necesariamente antisemitas) y encontraron en los palestinos un símbolo del noble sufrimiento y de la resistencia anticolonial.

El tercer grupo era el de los «marxistas ortodoxos», que situaban la fuente de los males de la República Federal no en la modernización industrial, sino en el capitalismo. En contraste con el resto de la Nueva Izquierda, este grupo consideraba a la clase obrera no sólo un aliado valioso, sino una parte «objetivamente necesaria» de cualquier transformación social de calado. Esta tendencia tenía presencia importante en el SPD y en algunos sindicatos alemanes, especialmente en los del metal, artes gráficas, periodistas, escritores y empleados de banca. También mantenían relaciones bastante buenas con Alemania oriental, cuyo sistema marxista-leninista contemplaban con tolerante admiración, cuando no con entusiasmo no disimulado. La fuerza de este grupo explica por qué la crítica sería al «socialismo realmente existente» del bloque soviético fue tan impopular en algunos sectores de la izquierda alemana hasta bien entrados los años ochenta, hasta el punto que el movimiento polaco Solidaridad era a menudo desautorizado por sindicalistas y socialdemócratas alemanes como retrógrado y reaccionario. (En sus días de JUSO [las juventudes socialistas], el actual canciller Gerhard Schröder estaba muy próximo a este sector de la Nueva Izquierda).

El cuarto y último grupo es el de los «neonacionalistas». La Nueva Izquierda se centraba principalmente en la oposición a la guerra de Vietnam, en la solidaridad con los movimientos de liberación del mundo subdesarrollado y en la transformación de la sociedad burguesa. Pero en Alemania tenía también un componente nacionalista derivado de la división del país y de la soberanía limitada. El nacionalismo de izquierda tiene mucha historia en Alemania (los nacional-bolcheviques y el grupo de Strasser entre los nacional-socialistas son dos casos extremos) y no resulta sorprendente que esos sentimientos estuviesen también representados en los sesentayochistas. El sentimiento nacionalista aumentó a raíz de la controversia sobre el despliegue de misiles nucleares de alcance intermedio en suelo alemán en 1983 y se intensificaría posteriormente con la unificación. Pero a mediados de la década de 1990, de hecho, un cierto número de veteranos del 68 ha culminado un viaje desde la extrema izquierda a la extrema derecha, siendo un factor invariante el odio a Occidente. Hoy este sentimiento antimoderno y antioccidental está vivo y se expresa sin tapujos en aquellos sectores de la extrema derecha y de la extrema izquierda que invocan el nacionalismo para oponerse a la globalización. Los dos radicales más destacados que han efectuado ese giro en Alemania son Horst Mahler y Bernd Rabehl. En una declaración conjunta con otros dos importantes ex izquierdistas, Mahler (hoy asesor jurídico oficial del Partido Nacional Democrático, de extrema derecha) afirmaba recientemente que el movimiento del 68 «no fue favorable al comunismo ni al capitalismo, y tampoco fue favorable a una comunidad de valores tercermundista, ni oriental, ni occidental». Lejos de eso, «giró en torno al derecho de todos los pueblos a luchar por su liberación nacional-revolucionaria y social-revolucionaria». En este sentido, los alemanes no eran una excepción. Ya entonces la fuente principal de los problemas de Alemania se situaba en su sólida vinculación a Occidente, controlado por ese doble y odiado mal que eran Estados Unidos y el judaísmo mundial. En marcado contraste con los tercermundistas, los de esta tendencia desarrollaron un antisionismo que resulta muy difícil distinguir, si es que se puede, del antisemitismo.

Este es también el periodo en el que la enemistad de la izquierda hacia Israel, iniciada a raíz de la Guerra de los Seis Días de junio de 1967, se convirtió en un rasgo destacado de su política, de su identidad, y también de sus divisiones internas. Diría, incluso, que posiblemente el indicador más fiable de dónde se situaba alguien políticamente, de su manera

de ver el mundo, era ese triángulo ubicuo de Israel, los judíos y Estados Unidos. A grandes rasgos, para los pro-occidentales las dificultades de los judíos eran un tema serio, lo que significaba que adoptaban una posición mucho más favorable a Israel que los otros tres grupos. Para los tercermundistas y los marxistas ortodoxos las dificultades de los judíos, aunque reales, no eran importantes, y quedaban ampliamente subordinadas a las dificultades de los pueblos del Tercer Mundo (para los tercermundistas) y de los obreros (para los marxistas ortodoxos). En el campo nacionalista, en cambio, las dificultades de los judíos o no se reconocían en absoluto o se contemplaban, incluso, con total desprecio. Es aquí donde se forjó el nexo entre la izquierda *völkisch* y la derecha *völkisch*, que se manifestaría tan vigorosamente en las calles de muchas ciudades alemanas y europeas en la primavera de 2000 y, de nuevo, en 2003.

*Cambio de paradigma: 1980-1989* En esta época los supuestos más importantes del proyecto socialista se enfrentaron a desafíos de gran envergadura. Ante todo, en la década de 1980 se asistió al debilitamiento –tal vez incluso a la quiebra– de una alianza que anteriormente había definido a la izquierda, con la clase obrera como sujeto de la historia y fuerza motriz de la política progresista. Entre 1880 y 1980, más o menos, el dogma fundamental, el más importante, tanto de los socialdemócratas como de los comunistas era que la clase obrera sería el agente decisivo de la transformación social más allá del capitalismo. Tanto teórica como empíricamente existía una sólida conexión lógica entre la clase obrera y la izquierda: no todos los obreros habían de ser necesariamente de izquierda, pero no había izquierda sin obreros. Todos los otros movimientos, grupos sociales e individuos estaban en principio subordinados a la clase obrera en la perspectiva de la consecución del socialismo. Esto cambió drásticamente en el curso de los años ochenta. Dicho en pocas palabras, la clase obrera perdió su posición no sólo como elemento teóricamente imperativo en todas las orientaciones socialistas sino también como necesidad empírica de la política práctica. Este cambio radical mostró tres aspectos particularmente destacados.

1. La aparición de los nuevos movimientos sociales y su correlato político, los partidos ecologistas o verdes. En el curso de los años setenta y cada vez más en los años ochenta, el progreso pasó a significar casi lo contrario de lo que había significado anteriormente. El término se había asociado siempre con algún tipo de crecimiento, pero ahora se cuestionaba la deseabilidad del crecimiento, si no es que era rechazado por completo. Si en las dos épocas anteriores ser de izquierdas y progresista quería decir construir presas y plantas siderúrgicas, ahora quería decir salvar a los peces y a los pájaros de la destrucción causada por esas mismas presas y plantas siderúrgicas. El universalismo de clase como identidad política primaria fue sustituido por el particularismo de grupo. La fe anteriormente depositada en la tecnología, la centralización y el Estado se trasladó ahora al localismo, la descentralización y el poder de las comunidades. La izquierda pasó del crecimiento, el Estado, la clase, la economía y la política a la identidad, el género, la equiparación y la deconstrucción. De manera harto significativa, la ciencia social crítica, antes un elemento esencial de las plataformas teóricas progresistas, se vio en gran medida sustituida por un marxismo crecientemente filosófico, que a su vez derivó a la crítica literaria y a otros varios proyectos intelectuales, postestructuralistas y postmodernos.

A mediados de la década de 1980 estaba claro que el verde era el color que marcaba tendencia en la izquierda, en vez del rojo (como había sido el caso durante un siglo). Asi-



mismo, y cada vez más, el violeta simbolizaba el advenimiento y la fuerza consolidada en la arena pública de todas las democracias industriales avanzadas de importantes movimientos feministas con gran repercusión política. Probablemente ningún otro cambio propiciado por la Nueva Izquierda tuvo un impacto tan tangible sobre prácticamente todas las facetas de la vida pública y privada como el ascenso y el afianzamiento de los movimientos feministas. La protección del mundo de vida, la reivindicación de la intimidad perdida, la defensa de los grupos vulnerables, la exaltación de lo pequeño... todo ello sustituyó la fe anterior en los aspectos liberadores de la tecnología y la obsesión por los «mega»-proyectos que habían dominado el discurso de la izquierda europea y americana durante cien años.

2. El debilitamiento del poder sindical. Si los años setenta fueron la década de los sindicatos, los ochenta podrían considerarse la década de los retrocesos sindicales. Fue absolutamente crucial a este efecto la enorme ofensiva lanzada por gobiernos de derecha dura como los de Ronald Reagan en Estados Unidos y Margaret Thatcher en Gran Bretaña. En todos los frentes y en todos los países el sindicalismo sufrió una derrota tras otra, lo que condujo a un debilitamiento sustancial de su posición en la arena política y en el mercado laboral. Las pérdidas se concretaron en diferentes escenarios: pérdida o estancamiento de la afiliación, incapacidad para conseguir ni los más mínimos compromisos en la negociación colectiva, control del marco y la cadencia temporal del conflicto por los empresarios, imposibilidad de lanzar huelgas, problemas serios con sus «propios» partidos ya fueran comunistas o socialdemócratas, empeoramiento de las condiciones de trabajo, pugna con un Estado hostil preocupado sobre todo por crear condiciones económicas favorables ante una economía global cada vez más difícil.

Es interesante notar que las pérdidas fueron particularmente severas en aquellos países en los que el trabajo menos se había «comprometido» en acuerdos corporatistas en las dos décadas anteriores, es decir, donde el conflicto entre capital y trabajo se mantenía más «puro» en el sentido de que el mercado seguía siendo el escenario y el mecanismo adjudicador principal de este conflicto. Aquí los retrocesos sindicales fueron los más severos. De esta suerte, las pérdidas sufridas por los trabajadores americanos y británicos fueron más profundas y duraderas que las padecidas por los alemanes, austriacos y suecos. Aunque el color político de los gobiernos importaba, eran más importantes aún las estructuras sociales profundas. Por ejemplo, si bien el gobierno de Helmut Kohl, a juzgar por muchas de sus medidas, fue tan conservador como los de Reagan y Thatcher, nunca pudo arrinconar de manera semejante al movimiento obrero en Alemania. Donde la lucha del trabajo con el capital tenía la mediación de diversas instituciones públicas o parapúblicas y de acuerdos neocorporatistas, la pérdidas fueron menos drásticas.

3. La incapacidad de los trabajadores para sostener una auténtica política de solidaridad internacional. Marx tenía razón en que el capitalismo, una forma de relaciones de producción intrínsecamente despersonalizada y carente de raíces, era estructuralmente internacional y que este sistema internacional de producción explotaba al trabajo en esta misma escala. Pero si Marx como analista social acertaba más veces de las que se equivocaba, sucede lo contrario con Marx como pensador normativo, como revolucionario, activista y hombre político. Creía que porque el capitalismo explotaba a la clase obrera internacionalmente, ésta se percataría antes o después de las dimensiones internacionales de su situación y opondría al capitalismo su propia solidaridad internacionalista. Sin embargo, demasiados acontecimientos trágicos nos han enseñado, ¡ay!, lo equivocado que estaba este pensamiento desiderativo. Si algo podemos decir es que la clase trabajadora se ha perfilado

como el más nacionalista de los grandes grupos sociales en los países capitalistas avanzados. En Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña, Francia e incluso en países supuestamente «abiertos» y orientados a la exportación como Alemania, los sindicatos han apoyado activa y firmemente un tipo u otro de medidas proteccionistas. Y por buenas razones: el trabajo, de hecho, no puede sino perder una buena porción de poder y de beneficios materiales tangibles en un mercado global «libre», sujeto únicamente a las leyes de un capitalismo sin trabas. Este es un problema muy serio para los trabajadores organizados y para sus aliados progresistas en las sociedades capitalistas avanzadas porque da alas a un particularismo especialmente problemático.

*Fragmentación y polarización.* Con el hundimiento del comunismo soviético y el desafío verde y violeta a la socialdemocracia occidental, la izquierda europea ha perdido la coherencia global de universalismo modernista que la había definido durante más de cien años. Por una parte hay que alegrarse ante esta evolución, ya que la Verdad y el Progreso (en mayúsculas) fueron defendidas con demasiada arrogancia por una gran parte de la izquierda durante el siglo xx. Mejor ahorrarnos la repetición de los horrores del gulag o de la manía genocida de los jermes rojos, cuyos protagonistas afirmaban actuar en nombre de la justicia, la igualdad y el progreso. Pero hay un problema más fundamental. Aunque se pueden identificar todavía muchas causas valiosas que cabe considerar como progresistas, resultaría hartamente difícil identificar un sujeto de la historia que —como la clase obrera de antaño— pudiera constituir la base social de una izquierda unificada. En lugar de ello observamos la proliferación de grupos centrados en formas particulares de injusticia, desprecio y victimización, dicho de otro modo, en experiencias puramente negativas. Estas experiencias pueden ser reales, pero los grupos que se configuran en torno suyo serán en gran medida impotentes en ausencia de las instituciones positivas de la comunidad que tan esenciales fueron en la formación de una clase obrera políticamente efectiva. Y como consecuencia de su impotencia, es muy fácil que se encierren en sí mismos, exasperando su propio particularismo, lo que no hace sino fragmentar más aún a una izquierda ya fragmentada. Es en este contexto en el que se presentan con un atractivo especial para las izquierdas de todas las sociedades industriales los viejos cantos de sirena del nacionalismo y el neonacionalismo.

Parece que hay un nuevo punto de común de todas las izquierdas europeas (y americanas), una nueva piedra de toque del progresismo político, y no es otro que el antiamericanismo y el antisionismo (aunque no el antisemitismo, o al menos aún no). No hay otra cuestión que defina de manera más clara la pertenencia o no a la izquierda en la actualidad. En una jerarquía de temas clave que definirían lo que significa ser de izquierdas en la Europa y los Estados Unidos actuales —libertad de elección; abolición de la pena de muerte; igualdad en asuntos matrimoniales y reconocimiento del matrimonio gay y lésbico; progresividad del impuesto sobre la renta; justicia económica y social; apoyo a las reivindicaciones del Tercer Mundo frente al primer mundo opulento; multilateralismo frente a unilateralismo; legalización de la marihuana; etc., etc.— la oposición a Israel y a Estados Unidos figuran en primerísimo lugar. Si uno no duda, como mínimo, muy seriamente de la legitimidad del Estado de Israel (y no digamos de las políticas de su gobierno) y si uno no desdeña todo lo americano como algo vil y reaccionario a priori, corre el riesgo de ser excluido de la entidad llamada «la izquierda». No ha habido una cuestión, desde la guerra civil española, que haya unido tan claramente a la izquierda como el antisionismo y su hermano gemelo,

el antiamericanismo. La izquierda se ha dividido, y se divide, sobre Serbia, sobre Chechenia, sobre Darfur, incluso sobre la guerra de Irak. Prácticamente no hay divisiones sobre el conflicto israelí-palestino y sobre la esencia de Estados Unidos. Si alguien tiene algo positivo –o no despectivo– que decir sobre Estados Unidos o Israel, siempre deberá matizarlo con un sonoro «pero».

Recuerdo que a finales de los años sesenta y principios de los setenta me autodefinía como sionista laborista. Eso era todavía posible en círculos importantes de la izquierda alemana y americana. Disentir todavía era aceptable en el ancho campo de la izquierda. Pero ya no es así. Cierto, aún hay algunos pequeños sectores en los verdes alemanes –menos en el entorno del SPD– en los que Israel, el sionismo y América no son términos que generen automáticamente el menosprecio y el odio. Poca gente lo admitirá, pero la melodía es inequívoca. El discurso hegemónico de la izquierda en ambas orillas del Atlántico ha hecho de Estados Unidos e Israel temas definidores de su identidad que son en gran medida innegociables.

■ Traducción de Gustau Muñoz

